

Traducciones

La Palabra



Óscar Quintero
De la serie Angels are Crying
"Espada"
Técnica mixta sobre lienzo
130x50 cm
Año 2006

El baile francés^{*1}

Traducción de María Constanza Guzmán^{**}

York University
Research Group on Translation and Transcultural Contact
mguzman@glendon.yorku.ca

* Cuento original de Rosalind Gill.

¹ La traducción "El baile francés", del título original en inglés "Learning to Tango", es el resultado de una transformación necesaria a raíz de la relación entre cada uno de estos referentes y sus figuraciones en el relato. El uso de "tango", en el cuento original en inglés "to tango", tiene connotaciones distintas de las que tendría para un público latinoamericano. En inglés "tango" es un referente cultural exótico y erótico cargado de una imagen del otro que se extiende más allá del tango mismo. Al vernos confrontadas con este desafío de traducción, la autora comentó que en inglés el "tango" se convierte en un elemento trivial y pierde su substancia cultural. El tango en Colombia tiene otras resonancias que, aunque distintas a las que tendría en Argentina, son de un referente cultural claro, con la especificidad del género musical que denota. Como solución pensamos que la referencia a "lo francés" conlleva las asociaciones que requiere el título y su correspondencia con el relato. El "baile francés" estaría más cercano tanto al "beso francés" como a una escena de bar y vino en una película francesa, un ambiente propicio para la experiencia iniciática del cuento. En cualquier caso, el desafío de traducción del título de este cuento nos plantea la ilación entre el lenguaje y la manera en que pensamos e imaginamos al otro en comparación con la forma en que nos imaginamos a nosotros mismos como colectividad, como identidad colectiva. Vemos que tanto en Colombia como en Canadá existen construcciones de los imaginarios de qué (o quién) representa al otro, la alteridad, lo exótico de la diferencia (nota de la traductora).

^{**} Ph. D en Literatura Comparada, State University of New York, 2006. Magíster en Traducción, Kent State University. Docente de la Escuela de Traducción y del Departamento de Estudios Hispánicos de York University.

La primavera llegó antes de lo esperado y milagrosamente cálida. En las praderas los arbustos brotaban con sus pequeñas hojas verdes y cerosas y las lilas de siempre en los jardines de las casas del costado sur se anticipaban a florecer con sus colores crema y malva. En esa época del año el puerto estaba en plena actividad, con cantidad de viejos y oxidados pesqueros y embarcaciones de cuatro mástiles portuguesas. Fue el año en que vino la flota naval francesa en su visita de cortesía.

Llegaron en una espléndida mañana de domingo. Eran seis viejos barcos de guerra con sus banderas ondeantes y sus enormes estructuras de acero. Entraron por el estrecho y atracaron en dos filas enfrente al almacén de los Bowring.

Yo tenía entonces diecinueve años y estaba decidida a aprender francés e irme a vivir al sur de Francia, bajo las palmeras, donde el mar parece agua de la bañera y gente sofisticada se pasa la vida en los cafés. Mi plan era estratégico; estudiaba juiciosamente los verbos con atención meticulosa y leía de principio a fin lo que asignaban los profesores, desde historias de héroes románticos en busca de la felicidad hasta novelitas existenciales cuyos protagonistas no encontraban el significado de la vida.

Mi mejor amiga, Jennifer, también estudiaba francés en la universidad, pero no era una estudiante de verdad. No practicaba los sonidos nasales frente al espejo ni leyó nunca una novela de Balzac completa. La única motivación que tenía en la vida era estar lejos de sus padres y el francés era para ella la visa para salir de la isla y del hogar de los Hearn, una gran casa de madera en la colina que está detrás de la basilica y en la cual la familia, proveniente de Irlanda, había estado sembrada por generaciones.

—Lo que quieren es que me quede para siempre en esta colina, tenga bebés pecosos, vaya a misa todos los domingos y al final me entierren en el cementerio de Mount Pleasant —se quejaba. Al pensar en esto su blanca piel de peliroja se encendía y juraba que si se les antojaba la podían desheredar, pero que por ningún motivo se quedaría a vivir en la colina.

Mis padres eran distintos. Habían viajado a Europa en excursiones guiadas y se creían superiores a los Hearn, quienes nunca habían ido a ninguna parte. Les encantaba la idea de que me fuera a Europa después de graduarme de la universidad, aunque habrían preferido que escogiera Gran Bretaña en vez de Francia. Pero claro que no estaban del todo convencidos de si debían o no dejarme ir a cenar y beber en el barco francés con “los de la universidad” y con “esos franceses”.

—Pero mamá —le supliqué— son oficiales de la marina. Además todas van a ir, hasta Glenda Moores.

Glenda Moores, la hija del pastor protestante, había aceptado a regañadientes asistir al evento. Al final mis padres me dejaron ir “con la condición de que también estuvieran los profesores”.

Los profesores del departamento de francés, casi todos ingleses, eran bastante exóticos de por sí. Llevaban barba y sandalias con medias incluso en los días más helados del invierno de Terranova. Algunos hasta habían estado en Francia. Cuando andaban por la calle parecían estar fuera de lugar y uno se preguntaba de dónde habían salido y qué los había traído a la isla; sin embargo, observándolos en clase quedaba claro que tenían la misión específica de transmitir sus conocimientos sobre los alejandrinos, la división de la literatura en épocas y la importancia de la nada, “le néant”.

En clase me sentaba en la primera fila, mirando sus rostros, escudriñándolos. En casa devoraba siglos franceses en mi pequeña alcoba en la parte de atrás del bungalow de mis padres en la calle Forest. Por mucho que me esforzaba no lograba comprender aquello de la nada. No tenía sentido en un lugar como St. John's, donde la vida estaba llena de curiosidad e intensidad, donde se intercambiaban miradas y bromas atrevidas hasta con extraños. Tal vez hubiera desesperanza en torno nuestro, pero la nada...

A la invitación al barco le siguieron días sumamente agitados con los preparativos. Entre todas hicimos un

plan perfectamente detallado: quién haría pareja con quién, quiénes quedarían excluidas, cómo nos íbamos a vestir, qué íbamos a decir. *Hasta* me inventé diálogos posibles y los repasaba mentalmente una y otra vez, inmersa en una fantasía absoluta en la que hasta lograba ver al oficial que se enamoraría de mí y la región de Francia a la que me invitaría.

Como es lógico, a los padres de Jennifer no les dijimos ni una palabra. El señor *Hearn* era un miembro importante de los Caballeros de Colón y una persona muy conocida en St. John's. Los jueves por la noche después de la cena, religiosamente, se ponía su mejor traje y salía para la reunión oliendo a loción de afeitar y con la cara todavía colorada por el baño de tina caliente. Las hijas de personajes como el señor *Hearn* no podían ser vistas en un barco cualquiera en el puerto. La presentación en sociedad de Jennifer había sido el año anterior y su foto, en la que vestía un traje blanco confeccionado por su madre para la ocasión, había salido publicada en el *Daily News*. Como el traje era muy recatado, no se alcanzaban a advertir los pezones de sus pequeños y carnosos senos; sin embargo, posando de pie frente al espejo dorado sobre la chimenea, logró lucir atrevida. No tenía nada de la candidez de las otras debutantes, con sus vestidos acartonados y sus guantes largos hasta los codos posando remilgadas para la posteridad.

Jennifer tenía mucha experiencia en escaparse de la casa para ir a lugares prohibidos, pero en los últimos meses su técnica se había visto afectada por la llegada de su hermana Teresa, o *Treese*, quien había regresado del convento. *Treese* se había acobardado al momento de profesar los votos solemnes y ahora estaba de regreso en casa de sus padres y trabajaba como secretaria en las oficinas gubernamentales del edificio de la Confederación. Los *Hearn* esperaban que Jennifer fuera a todas partes con *Treese*, tres años mayor que su hermana pero que no le llegaba en experiencia ni a los tobillos. La sola presencia de *Treese* era suficiente para arruinar por completo cualquier salida de mujeres solas; conservaba ese aire angelical y simple que lo hacía a uno sentir que se tenía que comportar a la perfección. Si alguien se dirigía a ella, especialmente

un hombre, bajaba los ojos y contestaba en voz baja y con monosílabos. Pero si no iba su hermana no podía ir Jennifer, y todas contábamos con su presencia animada y desenvuelta en el barco. Así que le hicimos jurar a *Treese* que guardaría nuestros secretos y acabó yendo con nosotras, como el lastre de Jennifer, a la cena con los franceses.

Era la noche más cálida de esa primavera, como un sueño. Todo el mundo estaba en las calles. En la cima de *Signal Hill* las parejas se besaban en los autos con las ventanas abiertas en el mirador. La gente conversaba sentada a la entrada de sus casas. El embarcadero estaba lleno de familias con cochecitos y espectadores curiosos, quienes le daban la bienvenida a los visitantes que llegaban en barco. Ataviadas de pies a cabeza con nuestros atuendos perfectamente calculados y perfumadas con *Evening in Paris*, en grupo subíamos con dificultad a la plataforma encaramadas en nuestros zapatos de tacón princesa, tan nerviosas y emocionadas que casi tropezábamos para caer en brazos de los oficiales, quienes esperaban tranquilos con sus suntuosos uniformes de gala.

Hacia tanto calor que sirvieron los apéritifs en cubierta. Los profesores, algunos con sus esposas pero la mayoría solteros, habían llegado temprano e iban ya por el segundo trago; estaban comportándose mucho más simpáticos de lo que imagináramos. Nosotras nos sentamos pues también a tomar nuestro *Pernod* sorbo a sorbo, contemplando los tanques de gas y las cabañas del sur como si estuviéramos en un yate en Cannes. Era una noche extrañamente dulce, parecía como si no nos perteneciera. Todo estaba tan tranquilo que hasta podíamos oír las voces de los niños arriba en la colina y el agua del puerto apenas si se movía, formando lujosos remolinos casi imperceptibles.

Al principio estábamos tan tensas que no sabíamos cómo actuar ni cómo sentarnos, nos acomodábamos una y otra vez en las enclenques sillas plegables mientras los franceses revoloteaban a nuestro alrededor sonrientes y locuaces, como si este tipo de evento ocurriera en el puerto de St. John's todos los días. Sin embargo, al poco rato estarían en acción decenas de

manos para hacer apresuradas consultas en los pequeños diccionarios Cassels de bolsillo que apenas cabían en las diminutas carteras de noche que llevábamos. Las consultas culminaban en risitas nerviosas y susurros y preguntas: "Cómo era que se decía..." o "Ay, Dios, no entiendo ni una palabra de lo que dice pero está tan guapo..."

Al rato, bajo el efecto de un par de Pernods en los estómagos vacíos, tuvimos que maniobrar con cuidado para bajar las escaleras y atravesar los angostos pasadizos que nos llevarían al comedor, donde los oficiales se encargaron de sentarnos hombre-mujer-hombre-mujer a la mesa.

Sin saber cómo yo resulté sentada entre (de) los únicos dos "viejos" del grupo. A un lado estaba mi profesor de lingüística, un inglés callado de apariencia impecable y con gafas de marco dorado, en quien el licor había venido efectuando un cambio de personalidad. Al otro lado tenía a mi commandant, el capitán del barco, un personaje pequeño y de aspecto descuidado que olía a ajo y a Gauloises y cuya lascivia se manifestaba en la manera en que nos pasaba la mano por la nuca al saludar. Como todas lo habían estado tratando de evitar, la silla a su lado derecho era la única vacía, hasta que alguien se dio cuenta de que la ex-monja Teresa, quien se había rehusado a aceptar siquiera el primer aperitivo, seguía esperando que le señalaran su puesto de pie en la entrada -en la boca del lobo-. El galante capitán se puso de pie de un salto, le pasó sin tardanza el brazo por la cintura, donde el cinturón de la falda de paño azul militar aseguraba su camisa blanca, y la arrastró hacia la mesa. Ella se sentó y me pareció ver que brotaban lágrimas en sus ojos.

Hacia mucho rato que Jennifer había abandonado a la pobre Treese a su suerte y estaba ya en total desenfreno bajo el efecto del famoso licor de sabor extraño que le hacía a uno dormir los labios. No le interesaba practicar el francés, sólo coquetear y revolotear de un lado a otro. Una que otra vez se inclinó hacia mí, pasando por encima del profesor de lingüística, para pedirme que le tradujera o le dijera palabras que se pudieran inventar con sólo agregar una

é al final del verbo en inglés: "j'ai learné, j'ai answeré, and j'ai speaké".

Glenda Moores, la hija del pastor, era la menos admirada por los marinos franceses. Sentada sola al final de la mesa, con su largo cabello rubio y aristocrático, permanecía distante y erguida como una garza, como lo dicta el protocolo. Apenas hacía un par de semanas que la habían elegido "Miss Freshette", y esa noche se había puesto su vestido de reina de primer año, una minifalda brillante color durazno que apenas si le alcanzaba a cubrir la parte de arriba de las esbeltas piernas blancas. Los oficiales se deshacían en atenciones a las demás mientras Glenda se mantenía fría e imperturbable, con el ceño fruncido, y se negaba rotundamente a probar los extraños órganos de animales que hacían parte del menú. Las demás nos comportábamos como invitadas perfectas y nos tragábamos todo lo que nos daban exclamando con la entonación que habíamos aprendido con los casetes de la colección French Made Easy que escuchábamos en el laboratorio de idiomas de la universidad "Que c'est bon!", "C'est délicieux!", "Qu'est-ce que c'est?".

Fue una cena larga, con mares de vino, y a cierta altura de la noche las manos masculinas empezaron a pasearse por la piel que dejaban al descubierto las minifaldas. Entre todas se miraban de un lado al otro de la mesa con ojos muy abiertos: había llegado el momento de una conversación de mujeres en el baño. Pero ni así era posible deshacerse de los oficiales, pues para llegar al baño era preciso (y) subir y bajar desvencijadas escaleras de acero y atravesar un laberinto de varios niveles, para lo que había que ir acompañadas porque a ningún civil se le permitía caminar solo por el barco. Afuera del baño, una fila de marinos esperaba obedientemente mientras que adentro se oían exclamaciones y se intercambiaban consejos sobre lo que se podía hacer y los límites que no se debían sobrepasar. En el camino de regreso al comedor algunas se desviaron con sus acompañantes para encontrarse pronto arrinconadas contra muros de chimeneas, en medio de olor a aceite y agua estancada, sin salida, recibiendo besos de pasión, besos franceses, besos como nunca antes habían conocido.

Entre tanto, yo seguía en la mesa con el profesor Jenkins, perdiéndome de toda la estrategia de batalla. Aparte de Miss Freshette, yo era la única que, para ese momento, no estaba emparejada con un francés. Y James Jenkins no tenía ni un pelo de francés; era un inglés de lo más culto y delicado. Sin embargo, yo seguía mirando a mi alrededor, a todas mis compañeras con sus solícitos oficiales latinos. Ni siquiera estaba practicando mi francés, yo, la autora intelectual, que me sabía al dedillo el subjuntivo y podía hablar en frases completas. El meollo era que, para mi sorpresa, me sentía cada vez más a gusto en compañía de ese caballero inglés con su voz suave y sus ojos de una emotividad acuosa. El vino lo estaba poniendo un tanto sensible y yo me disponía a abandonar la torre Eiffel y los campos Elíseos por cabañitas en Dorset y narcisos en el patio central de la catedral de Durham.

Alrededor de la gran mesa ovalada que ocupaba prácticamente todo el comedor de paredes de fina madera, el nivel de ruido estaba llegando al máximo. Ya se había armado la fiesta y se oían estruendosas carcajadas, entre extraños se hacían bromas como si se conocieran de años. Entre plato y plato todo el mundo se ponía de pie y caminaba a un lado y otro con la copa en la mano; la sala estaba en plena actividad.

Solamente el capitán y Teresa seguían sentados al final de la mesa, lejos del bullicio, en franco tête à tête y completamente ajenos a cuanto les rodeaba. Teresa hablaba sin parar, asintiendo con mucho énfasis y dándole al capitán largas y minuciosas explicaciones en un francés aspirado, con dejo irlandés, que había aprendido en el convento. El capitán permanecía con las manos quietas; no la tocaba pero se inclinaba hacia ella cuanto podía, tanto como se atrevía, y le llenaba la copa después de cada sorbo.

Después de la cena el grupo se dirigió a la sala de estar que quedaba junto al comedor, una habitación angosta con sofás y una fila de mesas pequeñas con ceniceros, como un bar. En ese instante algunas de las muchachas, las que estaban sin pareja y las menos valientes, se bajaron del barco encabezadas por Glenda Moores, quien toda la noche había observado lo que pasaba

con desdén, y tomaron el bus por Long Hill de regreso a la seguridad.

Las demás nos quedamos y tuvimos nuestra lección de baile entre nubes de humo de Gauloises. El sonido rasposo de los viejos acetatos llenó el lugar con la voz nasal de Edith Piaf. Yo estaba bailando suave con el profesor Jenkins; olía a limpio y correcto, a jabón Yardley, y aunque no sabía bailar yo sentía cómo su mano me apretaba el hombro con ternura. Me gustaba la sensación, aunque trataba de seguir observando lo que pasaba en la sala. Teresa y el capitán se habían sentado en un rincón oscuro; apenas si podía ver sus perfiles tocándose. Los demás bailaban sin parar. Los franceses, en su mayoría más ágiles y de menor estatura que los hombres terranovenses, le daban vueltas a sus parejas como trompos. Hasta Inga Whesche, la más alta, una alemana de hombros anchos que estaba de intercambio, daba vueltas y vueltas en la pista bajo el efecto del acordeón maravilloso, al son de una música que no era irlandesa y en una sala que olía a una loción de afeitar de flores que no era Old Spice.

Las parejas estaban ya tan formadas que se habían acabado las consultas mutuas en busca de traducción o protección. Las muchachas absorbían todos los cumplidos y declaraciones de amor que les prodigaban y fumaban los cigarrillos que les brindaban y bebían la champaña que les ponían en la mano en altas y delgadas copas. Al poco rato había parejas besándose por todos lados, en la sala misma. Algunas lograron mantener a sus franceses a raya bailando sin parar y con los brazos estirados y la cabeza erguida, como habían visto en la televisión en el show de Ed Sullivan. Jennifer, con el vestido de fiesta de terciopelo que la mamá le había hecho para navidad, se había pasado de copas de champaña y la habían tenido que sacar a cubierta donde se encontraba ahora, enferma, casi colgando a un lado del barco. Yo seguía en seria conversación poética con James Jenkins pero, en ese momento, me cruzó por la mente que a las dos hermanas Hearn se les tendría que haber pasado la hora de llegada. La fiesta seguía aunque estaba muy entrada la noche. Volví mi mirada otra vez hacia donde Treese estaba sentada con el capitán pero los dos habían desaparecido.

Después alguien puso música española a todo volumen y gritó "¡pasodoble!". Todos, hasta el profesor Jenkins, saltaron y gritaron ¡Olé!, con zapateado y brazos de flamenco. *Hacia tanto calor que los marinos se habían quitado las chaquetas y bailaban en mangas de camisa, mostrando sus velludos brazos y su bronceado mediterráneo. Habían abierto las ventanas para que entrara el suave aire nocturno pero no había nada de brisa afuera y ni la más mínima corriente del Atlántico lograba penetrar la pequeñísima sala que, a esta altura, ninguna quería abandonar, ¡jamás!*

Fue justo en ese momento de clímax que hizo su aparición en la entrada de la sala el señor Hearn, grande y musculoso, llevando del brazo a la pobre Jennifer a quien se le notaba la vergüenza y el mal estado. Estaba débil, blanca como un papel, y el moño del corpiño se le había desbaratado y colgaba en el frente del traje, húmedo y arrugado. Apenas lo vi se me olvidó por completo el romance de la noche. Me separé de un salto del profesor Jenkins y atravesé la sala con dificultad, en medio del desenfreno de los bailarines, hasta estar de pie frente al señor Hearn. Se veía atónito y hasta indefenso, como un pez fuera del agua. Estaba lívido, con toda su furia contenida, el pecho a punto de estallar.

—¿Quién permitió que pasara semejante cosa? —gritó.

—¡Los voy a reportar a todos a la universidad y voy a hacer que aparezca la noticia en el Daily News!

Miró a su alrededor; en la sala las parejas que ni habían notado su llegada seguían abrazadas. Después gritó, en voz aún más alta para hacerse oír en medio del barullo:

—¿Y ahora, por el amor de Dios, dónde se ha metido Teresa?

Pero no se quedó a esperar la respuesta. Agarró fuerte a Jennifer del brazo, dio media vuelta y salió, rozando

apenas la mano extendida de uno de los oficiales que se había acercado a darle la bienvenida entre sonrisas y encanto gálico.

La flota partió al día siguiente por la tarde, como estaba previsto, y en cuestión de horas la niebla de junio, que todos anhelábamos mantener alejada ese verano, se fue adentrando por las colinas del sur, densa y fría.

Por mucho tiempo las muchachas vivieron en una especie de burbuja de amor perdido. Contaban sus historias una y otra vez, alargándolas y prolongando el éxtasis en la medida de lo posible. A mí me quedó tan solo la realidad del profesor Jenkins quien, a la luz del día y pasado el efecto de la champaña, se encerró de nuevo en su cascarón. Siempre que trataba de mirarlo a los ojos estaba de súbito ocupado entre sus papeles y cuando hablábamos resultaba exageradamente abstracto, dejando muy en claro que todo lo que no fuera referente a la lingüística estaba prohibido.

Por su parte los Hearn, escandalizados, sacaron a Jennifer de la universidad y le hicieron cancelar sus planes de viaje. Por suerte no llegaron a enterarse de que Teresa había pasado casi toda la noche en las habitaciones privadas del capitán.

Al año siguiente, mientras las demás estábamos en proceso de cambiar nuestra indumentaria habitual por blue jeans y atuendos hippies e ingresar a universidades en ciudades del continente, y mientras Jennifer se posesionaba en el nuevo trabajo de mecanógrafa que el papá le había conseguido en el edificio de la Confederación, Teresa se casó con bombos y platillos en la basílica con su trigueño capitán. Después del matrimonio se fueron a vivir a una villa blanca a orillas del Mediterráneo y todos los años viene con sus bebés de ojos color aceituna a visitar a su familia en Terranova en junio, cuando las lilas empiezan a florecer.

Referencias

Gill, R. (1995). Learning to Tango. The Antigoniash Review (96).

Normas para la presentación de artículos y manual de estilo

La revista *La Palabra* es un órgano de difusión de resultados de investigación en el campo de la Literatura y artes y Ciencias del Lenguaje; también de trabajos que emerjan del diálogo de las disciplinas humanísticas con los demás saberes y la ciencia en general. La periodicidad de la revista es semestral. La revista hace parte del área del Lenguaje de la Facultad de Ciencias de la Educación a la cual pertenecen la Escuela de Idiomas, la Maestría en Literatura, la Maestría en Lingüística, la Maestría en Docencia de Idiomas y el Doctorado en Lenguaje y cultura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Esta publicación está dirigida a la comunidad académica, nacional e internacional, interesada en los debates actuales e inter y transdisciplinarios en el campo de la Literatura y artes y Ciencias del Lenguaje.

El objetivo de la publicación consiste en difundir los resultados parciales o finales de investigaciones avaladas por instituciones certificadas, o artículos de autores que evidencien calidad científica, dentro del ámbito nacional e internacional, mediante convocatorias semestrales que indican el tema central sobre el que trata cada número, esto no excluye trabajos diferentes al número monográfico, ya que en cada número, según evaluación del Comité Editorial, se incluyen separatas con temas variados.

Los trabajos presentados a la revista se reciben por medio de un formato de recepción. El autor entrega una carta en la cual certifica la originalidad y el carácter inédito del artículo, además de confirmar que no lo presenta de manera simultánea en otra publicación. El artículo será sometido a la evaluación de árbitros externos e internos y, finalmente, será aprobado o no. El Comité Editorial informará, por escrito, a los autores las razones de no aprobación de un artículo; del mismo modo, solicitará a los autores de los artículos aprobados la cesión de derechos a *La Palabra*. En el momento en el que el autor cede los derechos de su artículo a *La Palabra*, esta cuenta con los atributos legales para disponer del artículo y su difusión, según lo determine el Comité Editorial de la revista.

Ni la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, ni la Maestría en Literatura, ni ninguno de los programas de pregrado y posgrado de la UPTC, ni el Comité Editorial se hacen responsables del contenido de los artículos, este compete directamente al autor.

El artículo se entrega mediante carta de presentación al Comité Editorial de la revista en la avenida Central del Norte, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, edificio Central, oficina C-213. Se deben entregar dos copias en medio impreso y magnético (CD o DVD). Si el autor se encuentra fuera de la ciudad de Tunja puede enviar su artículo y solicitud a los correos electrónicos: lapalabra@uptc.edu.co, maestria.literatura@uptc.edu.co

Los artículos que recibe la revista se catalogan en trabajos de reflexión, estados del arte y estudios de caso; para la clasificación de éstos se acoge la descripción hecha por Publindex en el documento oficial de indexación:

- 1) Artículos de investigación:** presentan de manera detallada proyectos terminados de investigación. La estructura utilizada generalmente contiene cuatro apartes: introducción, metodología, resultados y conclusiones.
- 2) Artículos de reflexión:** elucidan los resultados de una investigación terminada, desde una perspectiva analítica, interpretativa o crítica acerca de un tema específico, en el cual se recurre a fuentes originales.
- 3) Artículos de revisión:** analizan, sistematizan e integran los resultados de investigaciones publicadas o no publicadas sobre un campo del saber, para dar cuenta de los avances y las tendencias prevalecientes. Presentan una cuidadosa revisión bibliográfica de por lo menos de cincuenta referencias.
- 4) Artículos cortos:** muestran los resultados preliminares o parciales de una investigación.
- 5) Reportes de caso:** exponen los resultados de un estudio sobre una situación particular, con el fin de dar a conocer las experiencias técnicas y metodológicas consideradas en un caso específico. Incluye una revisión sistemática comentada de la literatura relacionada con casos análogos.
- 6) Revisión de tema:** muestran la revisión crítica de un tema particular.
- 7) Recensiones y reseñas bibliográficas:** presentan de manera resumida los planteamientos principales de una obra recientemente publicada o una obra que por interés particular o de una investigación se reseña.
- 8) Traducciones**

Los requisitos formales que debe cumplir el artículo son los siguientes (no incluye recensiones, reseñas y traducciones):

- 1. Datos de autor:** el nombre del autor se debe incluir en el margen derecho, en negrilla, seguido de la institución a la que pertenece y del correo electrónico, en fuente Arial 12. Sus títulos y cargos desempeñados se debe poner en nota a pie de página no con número sino con asterisco.
- 2. Resumen y palabras clave:** el artículo debe presentarse con un resumen de máximo 150 palabras y mínimo 100, en el cual el autor describe lo que va a desarrollar en su artículo. Se debe, también, incluir palabras clave, mínimo de 5 y máximo de 8, que den cuenta de las temáticas centrales, autores y demás temas por destacar en el artículo. Tanto el resumen como las palabras clave deben ser presentadas en español y en un idioma diferente, que puede ser inglés, francés, alemán o portugués.
- 3. Títulos y subtítulos:** ningún título debe ir enumerado. Para jerarquizar se debe tener en cuenta que el título principal va centrado, en minúscula y en negrilla, a pie de página se debe colocar con símbolo (*) el tipo de artículo al cual corresponde el trabajo presentado y dentro de qué proyecto se desarrolla. Los títulos de segundo nivel o subtítulos deben ir al margen izquierdo, en minúscula y negrilla, los de tercer nivel van al margen izquierdo, en minúscula, negrilla y cursiva. Las mayúsculas por utilizar en el título central y en los subtítulos se deben adecuar a las normas dadas por la Real Academia Española.
- 4. Viñetas:** son una forma tipográfica de especificar o enumerar, por tanto sólo se deben emplear en dicho caso. La marca de viñeta es punto.
- 5. Cursivas, negrillas y subrayados:** las formas en que en el texto se resaltan las ideas, palabras o demás partes del texto se debe hacer en cursiva y sin comillas. Las negrillas son exclusivamente para los títulos. Los subrayados se deben omitir.

6. Comillas: se deben utilizar las comillas latinas (""") para citas o ideas textuales o para llamar la atención sobre una palabra o frase. Las comillas inglesas no se utilizan (<<>>) y las simples (") se utilizan sólo cuando va un entrecomillado entre otro más amplio.

7. Espacios: el espacio marcado en el párrafo del texto es de 1,5 puntos. En las citas textuales que tengan más de tres renglones se disminuye el espacio a 1,0 puntos. Entre los títulos se mantienen los 1,5 puntos y se da doble espaciado.

8. Fuente: la letra para el artículo debe ser Arial 12 puntos y para las citas textuales con sangría de párrafo y en espacio de 1.0 puntos Arial 10.

9. Pie de página: se usan exclusivamente para notas aclaratorias o ampliaciones que el autor considere deben ir por fuera del texto. La fuente es Arial 10. Los pie de página de símbolo (*, **) se utilizan para los datos del autor y el tipo de artículo, según catalogación señalada. Las notas a pie de página del texto del artículo se inician en 1 y se continúa la serie.

Las normas técnicas que adopta la revista para citar y referenciar fuentes de información son las estandarizadas por la American Psychological Association. En nuestra página web el público podrá encontrar un tutorial de cómo citar y referenciar desde el procesador Microsoft Office 2007 o superior: http://www.youtube.com/watch?v=lf6uz4NI_bM&feature=player_embedded

Libro

Autor, A. A. (año de la publicación). *Título de la obra*. (Edición -si la hay-). Ubicación: Editorial.

Buber, M. (1995). *¿Qué es el hombre?* México: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo de libro

Autor, A. A. y Autor, B. B. (año de la publicación). Título del capítulo. En: A. Editor y B. Editor. *Título del libro* (páginas del capítulo). Ubicación: Editorial.

Iser, W. (1997). La ficcionalización: dimensiones antropológicas de las ficciones literarias. En: A. Garrido. *Teorías de la ficción literaria* (pp. 42-65). Madrid: Arcos.

Libro traducido

Autor, A. A. (año de la traducción). Título. (A. Traductor, trad.). Ubicación: Editorial (trabajo original publicado en año - en caso de conocerse).

Bhabha, H. K. (2002). *El lugar de la cultura* (C. Aira, trad.). Buenos Aires: Manantial.

Revista o periódico

Autor, A. A., Autor, B. B., y Autor, C. C. (año de la publicación, incluya el mes y día de la publicación para publicaciones diarias, semanales o mensuales). Título del artículo. *Nombre de revista, diario, semanario*, Volumen, (número), páginas.

Green, A. (2007). La lucha de los siete hermanos y su hermana Olowalli en defensa de la Madre Tierra: hacia la pervivencia cultural del pueblo Kuna Tule. *Revista Educación y Pedagogía*. 19 (49), 227-237.

Documento de internet

Autor, A. A., Autor, B. B., y Autor, C. C. (año de publicación –si la hay-). *Nombre del documento*. Ciudad: Entidad. Recuperado el fecha (día, mes año) de URL.
 Guerra, W. y Múnera, J. (2001). *Los Apaalanchi: una visión del mar entre los Wayuu*. Riohacha: Banco de la República. Recuperado el 13 de octubre de 2008 de <http://www.lablaa.org/blaavirtual/antropologia/apaalanchi/indice.htm>.

Documento de internet sin fecha

Autor, A. A., Autor, B. B., y Autor, C. C. (s.f.). *Nombre del documento*. Ciudad: Entidad. Recuperado el fecha (día, mes año) de URL.
 Nielsen, M. (s.f.). *La sociocrítica del lenguaje*. Bogotá. Universidad Nacional. Recuperado de 5 de junio de 2011 de <http://www.psywww.com/psyrelig.htm>.

Documento web sin autor ni fecha

Título del documento. (s.f.). Recuperado el fecha (día, mes año) de URL.
Género y sociedad. (s.f.). Recuperado el 13 de marzo de 2010 de <http://www.trinity.edu/~mkearl.html>.

Artículos obtenidos de una base de datos electrónica

Autor, A.A. y Autor, B.B. (año). Título del artículo. Título de la revista, volumen, (número), páginas. Recuperado el fecha (día, mes, año) de nombre de la base de datos.

García, K., y Duarte, D. (1990). Lo dicho y lo no dicho. *Periódico Voces y Visos* (20), 168-172. Recuperado el 17 de diciembre de 2011 de la base de datos PsycINFO.

Artículo publicado en revista de internet

Autor, A. A. y Autor, B. B. (año - si se encuentra.). Título del artículo. *Título de la revista*, volumen –si se encuentra-, (número si se encuentra). Recuperado el fecha (día, mes, año) de URL.

Sánchez, J. y Durán, D. (1996). La vida es mejor vivirla. *Periódico El Tiempo*, 2 (16). Recuperado el 7 de octubre de 2010 de <http://www.rcgp.org.uk/bjgp.aspx>

Tesis consultada en biblioteca o hemeroteca

Autor, A.A. (fecha). *Título*. Tesis de grado obtenido, no publicada. Universidad, País, Ciudad.

Sánchez, A. (2011). *Los inicios de la Bioética*. Tesis de la Licenciatura en Filosofía, no publicada. Universidad Pedagógica Nacional, Colombia, Bogotá.

Las citas textuales se colocan entre comillas si no exceden las 40 palabras; si exceden las 40 palabras se debe utilizar una sangría izquierda de 1,2 cm. En ambos casos se coloca la fuente al final de la cita así: (Autor, año, página).
 (Sánchez, 1996, p. 45).

Las citas contextuales, parafraseadas o comentarios, se referencian así: Autor (año) o cita (Autor, año).

Sánchez (1996).

(Sánchez, 1996).

Todas las recomendaciones de estilo quedan sujetas a variaciones de edición, estas se hacen con el fin de estandarizar el proceso de evaluación del artículo y la uniformidad en el diseño y la impresión de la revista.

